LIBRO SEXTO

Entre pelotaris

Los Azules y los Rojos

I

A tutti altri vapori esto é di sopra.
Dante.—Purg... c. XXVIII.

Calla, profano. Tú no puedes comprender, lector querido, cuánto gozamos con los sentidos y con el espíritu, los que empuñamos el brazal en nuestros buenos tiempos, ante el espectáculo de una partida *al pallone*, (1) jugada por artistas de pulso: ni es posible tampoco explicarlo, á quien no lo comprende, como no se explica la virtud de la música á quien tiene «las orejas» duras por naturaleza. Tú, desventurado, no sabes que los arcos descritos por un *pal-lone* lanzado ó devuelto con toda la fuerza de un brazo nervudo

(1) Pelota.

y vigoroso, son para nosotros imágenes vivas y distintas, en cuya variedad infinita vemos la majestad, la fuerza, la elegancia, la gracia, como en líneas de arcos de triunfo titánicos, en curvas de arco de ballestas, en trayectorias de bombas, en fugas de cohetes, en vuelos de golondrinas y de saetas, en contornos de montañas y en ondas del Océano tempestuoso. Tú no sabes que la recogida ó el envío de una pelota que roe la pared de apoyo y la muerde ó la huye y os rebota, rabiosa como el abejorro que no puede atravesar el vidrio contra el que da de cabeza, os hace estremecer de placer con la risa del genio de Monteverde, que aprisiona el rayo entre los dedos: que tras el *pal-lone* que supera el juego por alto ó por bajo, va nuestra fantasía como detrás del aerostato que se pierde en el azulado firmamento, ó del astro que se oculta tras el horizonte; que á la vista de un *pal-lone* cogido hábilmente á flor de tierra y devuelto al fondo del juego cuando parecía no haber ya esperanza de cogerlo, los nervios en tensión descansan y el pecho oprimido se os dilata con un sentimiento profundo de alivio, como al enfermo por una inhalación de oxígeno ó al avaro al ver salvado de un peligro su tesoro ó una joya preciada. Y tú no sabes tampoco, que ciertas grandes boleas directas, hechas con un golpe seguro y sin esfuerzo, os hacen vibrar de cabeza á pies como una nota sostenida y limpísima de un tenor; que la devolución triunfal de una pelota con que se cierra el partido prolongado y fortuito, que os tiene el ánimo soliviantado é inquieto, como una discusión de médicos á vuestra cabecera, os ensancha el alma como un anuncio de salvación; que los diversos golpes altos y bajos, forzados y libres, débiles y gallardos, y los varios rebotes, saltos inesperados y arcos crecientes y flojos de la pelota, tienen para nosotros figuras y sentidos de provocación, de escarnio, de respuestas soberbias, de audacias heróicas y de insidias felinas, y que en el desquite de una partida vemos todas las alternativas de desgracia y de esperanza

de recobro, de descorazonamiento, de entusiasmo y de desesperación, de una batalla humana. Tú no sabes todas estas cosas, y tal vez no creas ninguna. Calla, pues, profano, y acepta la expresión de nuestro lamento.

II

Aparte toda chanza, el deleite de que gozamos es bastante mayor de cuanto se pueda creer por quien, no conociéndolo, lo compare con otro cualquiera juego; porque diciendo que allí hay personas sensatas y cultas que experimentan con este espectáculo emociones de otro orden, pero mucho más fuertes que las que dar puede cualquiera representación dramática, y que al comienzo de una gran partida sienten una agitación tan violenta de curiosidad y de impaciencia, que, razonando, han de avergonzarse á sí mismos de tener que apaciguar los nervios, no exageramos nada la verdad. Pero explicar claramente en qué consiste ese deleite, y definir todas las fuentes de que deriva, no es cosa fácil. Decir que nace de ver completar fácilmente un ejercicio de destreza y de fuerza que nosotros conocemos por experiencia, no es dar una razón el decir que vale por todos los ejercicios físicos. Este no tiene muchos otros que le igualen. Es la curiosidad avivada por toda pelota jugada que, por la parte que toma en el juego la habilidad y la fortuna, puede dar lugar á una gran variedad de casos imprevistos, como al abrirse una discusión política en un Parlamento excitado; y con esta curiosidad, el consentimiento que irremisiblemente se hace con todo el cuerpo á todos los esfuerzos de los jugadores, con una gimnástica apenas señalada, pero enérgica y avivada por impulsos diversos del ánimo, la cual os da un sentimiento interno de la vida física: y á más de esto, el ejercicio vivo y prolongado del ojo, que sigue como las líneas de un diseño aéreo, cambiante continuamente, haciendo de cada línea un juicio, y entre la una y la otra una comparación

continua. Es quizás lo que de simétrico y de rítmico hay en el avanzar y en el enderezarse, alternado, de cada uno de los bandos después del saque y después del envío de la pelota, y en el correr simultáneo de los unos y de los otros, ora á la derecha, ora á la izquierda, como en una contradanza desordenada, regida por una música que no percibe nuestro oído.

Pero es más que esto, ciertamente, la belleza y la variedad de los actos, de los pasos, de los lances, de los saltos, de las carreras, que ofrecen á la vez el espectáculo del acróbata, de la esgrima, del baile y del pugilato. Y sobre todo, en fin, es la suspensión de ánimo ocasionada por el partido que toma involuntariamente todo espectador, por la necesidad de acrecer el deleite, por el uno ó por el otro bando, donde todo golpe es para él una victoria ó una esperanza, una revancha ó una desilusión, y todo «juego» como el acto de un drama por cuyo desenlace sentirá satisfacción ó estupor, despecho ó queja.

Mas, todo esto no basta. Debe haber en el juego algún otro elemento de belleza y motivo de deleite, del cual no deja uno de darse cuenta; un secreto que busqué siempre y que huye de mí todavía, pero que es quizás mejor no conocer, porque quita también al espectáculo la virtud atractiva del misterio.

III

Sí, y no hay que sonreirse, ¡oh profano! respeta al menos en el *pal-lone* la majestad de los siglos, ó subiendo del hijo á la madre soy capaz de coger la historia de la pelota desde una antigüedad tan espantosa, que te hará gritar suplicando, como el *Daudin des Plaideurs* al abogado: —Por caridad, pasa al diluvio.—Soy generoso; te absuelvo de los griegos, te hago gracia de los romanos. No toco la cuestión de si el *pal lone* actual es descendiente directo del *pollis* de los Quiritos, y éste deriva del famoso

odre hinchado que arrojó Ulises al mar (no es cierto, dice un docto, y no me allano á creerlo); ni si antes lo había instituido *pneumáticamente* Nicolás de Este, como afirma Pablo Cortese, ó si el verdadero juego, cual es hoy, no se remonta más allà del principio del siglo, como cree Rigutini. Lo que tú debes saber es que con el *pal lone*

«que encierra prisionero un soplo de viento»

y si no, con un brazal «cubierto de muchas púas entalladas á guisa de diamantes» con una armadura cualquiera del puño y con táctica no muy diferente de la presente, se jugaba ya en los tiempos medioevales; que entre el 400 y el 500, según el señor Baltasar Avanzini, el reino del «cuero hinchado» se extendía ya desde la ciudad, á orillas del Adriático, hasta las riberas del Pó, por la Liguria y por la Provenza, hasta más allá de los Pirineos; que en las crónicas de las ciudades de Toscana y de Rousagna se pueden seguir, con breves ó largos intérvalos, los fastos más memorables del juego, el cual se jugaba en los salones de Podesta, en las plazas públicas, á lo largo de los bastiones de las fortalezas, dentro de vastos cercados, en *esferiterios* (1) de arquitectura clásica, entre jugadores de diversas ciudades, con partidos que duraban muchos días, con apuestas de centenares de zequines y partidos solemnes de revancha en la ciudad de los vencidos; que jugaron jefes famosos, príncipes, cardenales, pontífices, caballeros, la flor de la aristocracia romana, florentina y boloñesa; que en torno de la historia de la *esferística*, hay, en varios idiomas, un tesoro de sabias memorias, y sobre leyes del juego, del año 500 á nuestros días, desde el señor Rutanio Scaino á Francisco Gabrielli, una flor de tratados, que debieras leer. (Yo no los he leído). No; he leído el segundo, que es excelente, y el primero, que me ha encendido de admiración. Y léelo tú también, si quieres comprender el juego sagrado. Jamás de Galeno acá, nunca con más variada abundancia de lenguas, ni con más rica y calurosa elocuencia de poeta, ni con más profundo criterio de físico y de filósofo, ni con más ámplia y circunstanciada experiencia del arte, fueron descritos de tan raro y tan noble é ilustre y generoso juego, digno de hombres civilizados y libres, las bien fundadas reglas y los sabios artificios y los efectos difíciles, dignos y singulares, y los beneficios grandes que proporciona al cuerpo y al espíritu, y la belleza, la excelencia y el atractivo maravilloso. Léelo si te quieres iniciar en la inefable dulzura, por la que millares de espectadores, mientras el *pal lone* rompe el aire, «ni alentar, ni abrir la boca, ni parpadear se oye ni se vé.»

(1) Frontones.

IV

No comprendo el juego,—responde alguno.—*¿Tui non te pudet?* Es como declarar tener el primer piso desalquilado. La sola cosa difícil de comprender es, por qué treinta puntos más quince hacen cuarenta, y quizás sea porque cuarenta y cinco, como se usaba antiguamente, sería demasiado largo de gritar por el voceador, y la razón harmónica quiere también su parte en el *pal lone*.

Descubierto este arcano, todo el resto está á tiro de una inteligencia de un año. La arena (como si dijéramos la cancha) está dividida en dos partes por el *cordón*: la de donde se saca se llama *battuta* (saque) y la otra resta, *arcass* en abisinio. Cada vez que los jugadores de una parte salen á enviar la pelota, traspasando el cordón, á la otra, de modo que por ésta no sea devuelta á ellos al vuelo, ganan quince puntos. Cada vez que un jugador manda la pelota á la derecha ó á la izquierda, fuera del juego, gana quince la parte adversaria. El bando que hace un quince más cuarenta, gana el juego. Cada dos juegos y dos partidos se cambian el puesto, y cada uno tiene derecho al

saque, como se dice en lenguaje técnico, un número igual de *trampolines*. Aquel de los dos que, cumplido el turno, ha hecho un número mayor de puntos, es el vencedor de la partida. Es sencillo, según se vé, como todas las cosas grandes. Y si á la delicia de ver, quieres añadir la del apostar, tú puedes, antes de comenzar los gritos, pues está permitido, recurrir á la pizarra (*totalizzatore*) donde se anotan las sumas de quinces que hará durante la partida cada uno de los jugadores; y si tuvieras el buen olfato de apostar por el bando que hará más tantos, te será repartida entre tú y los otros lebreles sagaces la suma comprensiva de las apuestas, deducido el diez por ciento, que va al empresario; ya que cien enteros, no existen ahora más que en matemática pura. Sobre el gran cartelón ó pizarra, que hay en el fondo para tu buen régimen, se señalan los quinces que hace mano á mano cada jugador, y con ellos también las faltas, para en caso de paridad de quinces entre dos, queda vencedor el que ha fallado menos.

Hélo aquí todo explicado, y *ahora para tí sirva*. Con ocho sueldos por la entrada, te puedes divertir y enriquecer. También puedes salir desplumado, pero con el consuelo de haber alentado un arte bello. Nada puede ahora ya entretenerte en volverte devoto del juego. Si vas en bicicleta, hallarás allí donde guardarla; si te da sed, está la cervecería; si hambre, allí tienes pan preñado; si te molesta el sol, hay por el techo un toldo; si te gusta la música, la tienes también; si odias la necedad, no se la encuentra allí jamás; si quieres ofrecerme algún cigarrillo, me encuentras allí siempre. El pretender más sería ya descaro ó desfachatez indiscreta.

V

Por sí solo es ya un espectáculo el *esferisterio*. Es el único recinto moderno de juego, que tiene la majestad de los circos antiguos. Aquel amplio rectángulo de terreno

desnudo, sólido y terso, como el pavimento de una sala, del que surge de un lado un murallón blanco que corta el azul del cielo, como la cortina de una fortaleza ciclópea, es á un tiempo grandioso y alegre; y aquellas vastas redes de alambres que forman las paredes de los otros tres lados, dan la imagen de una jaula espaciosa donde haya de revolotear una familia de águilas.

El público, apiñado sobre la escalinata del lado que da frente á la pared y á los dos lados más cortos, da á la arena un tinte claro y refleja un cintura negra viviente y agitada que engrandece el aspecto del lugar y alegra la vista. Y aquella larga raya blanca que señala el cordón y el confín del foso, aquellos altísimos postes abanderados en los cuatro ángulos, aquellos grandes números negros pintados sobre el muro, aquel trampolín en el fondo, que parece puesto para coger impulso un hombre al tomar vuelo, aquel extraño cartelón del extremo opuesto, con aquellas cifras cabalísticas que hace aparecer y desaparecer una mano invisible, pienso que á quien entra allí ignorando el juego, han de darle una idea de misterio y herir la fantasía como el templo de una religión desconocida. Pero solamente los apasionados conocen la sensualidad de los preparativos de una partida clásica: el paso del pelotari armado de brazal, que va á trabajar de zaguero detrás de la red, la entrada del voceador engalonado que se prepara, tosiendo, á gritar los puntos con voz que alcance las nubes, y la aparición del ceremonioso *mandarino* (pinche) y el avanzar de los primeros jugadores vestidos de blanco con la faja encarnada y celeste ajustada debajo de las camisas franjeadas, y los primeros saltos del primer *pal lone* vivo y sonoro como una peonza musical, que parece que lleve la alegría, y el principio del espectáculo, ¿puede ser ya más solemne? Los jugadores, examinados los dientes y golpeado el brazal contra el muro, se colocan con aspecto grave en sus puestos de combate: el mandarín arroja el *pal-lone* de prueba; el batidor ó delan-

tero se vuelve á saludar á los primeros puestos, y todos los otros se inclinan; los voceadores gritan la primera apuesta.—¡Cien liras á la partida por los azules!—Va.——Cincuenta liras al primer juego por los rojos.—Va.—El batidor sobre lo alto del trampolín toma la postura de aviso.—¡A la una!—grita una voz estentórea... Y os reiréis si os digo que en aquel momento os salta el corazón. ¡Oh, males propios del corazón humano!

VI

¿Y el público de ese teatro? No es menos diverso que el de los actores. Está compuesto de gentes de todas edades y de todas condiciones; empleados, artistas, obreros, comerciantes, nobles, estudiantes, hacendistas, jubilados, arruinados. Para los antiguos concurrentes, como soy yo, los más interesantes son sus semejantes: hombres viejos y maduros, en su mayor parte, que jugaron al *pal-lone* cuando tenían todos sus dientes, como el brazal. Transportárase el *esferisterio* ó frontón á cinco millas fuera de la ciudad, y no dejarían de asistir un solo día. A muchos les vi seguir la peregrinación que hizo el juego en Turín, desde la vieja ciudadela al Corso Oporto, de allí al extremo de la ciudadela, de aquí á los prados del foro *boario* y de aquellos prados á la Vía Napione. Por algún tiempo, no habiendo arena (cancha) se jugó en campo abierto en la plaza de Armas, y ellos iban á la plaza de Armas. Algunos creo que habían visto jugar al *palamallo* al conde Rosso con su *buen primo* Amadeo, en el famoso zaguán ó sotechado de la «plaza del Duomo».

Son viejos profesores, hacendistas, consejeros comunales, médicos y abogados «de cartel», personajes graves, cargados de años y de achaques, que al verlos por la calle no soñaríais nunca que pudieran apasionarse durante tres horas seguidas por las vueltas aéreas de una pelota de cuero. Y todos son rostros simpáticos, porque un *amateur* del

pal-lone no puede tener el ánimo hosco; la sencillez de los gustos, es indicio de un ánimo bueno.—«Díme cómo te diviertes y te diré quién eres.»—(Hay que descontar, sin embargo, á Fernando IV de Nápoles, un malvado, como dice Colleta, aunque con el brazal en la mano: que fué una excepción monstruosa). Muchos han hecho conocimiento entre sí en medio de las emociones que da el espectáculo, no sabiendo el nombre el uno del otro, y dejándose de tratar fuera de allí; pero allí se tratan todos como compañeros, en virtud de la simpatía expansiva que despierta en la persona más diferente de índole y de estado social, una pasión común. Y en la satisfacción de ésta olvidan todos á un tiempo los negocios y los cuidados. En el juego no se discute otro asunto, ó cualquiera otra discusión que se inicie se interrumpe ó se corta, al salir la pelota del brazal del batidor. Se oyen fragmentos de discusiones amenísimas.—Esta eterna cuestión de Oriente, como le decía...—¡Qué saque!—¡A ochenta y cinco!—Está bien restada, no hay que decir. Pero ¿cree usted que el acuerdo de las potencias?...—¡Bajo! ¡Ah! no ha llegado!—Todo depende del ánimo de Inglaterra...—¡Falta!—No, buena, pero por un dedo.—La Inglaterra acabará por persuadirse de que su idea de equilibrio en Asia y en Europa... Pero el *pal-lone* alienta...!—Cierto, si hubiese aceptado la proposición de Rusia en 1875...—Dió el bote dentro...—La responsabilidad es de todas las naciones, amigo.—Seis puntos á dos. No se alcanzan ya. Están cantados.

VII

. . . . . .
. . . . . .

Pero el público digno de estudio es el de los domingos, cuando la arena está hollada por una multitud inmensa. Allí encuentran también entonces los ojos una variedad

agradable: se ven señoras, oficiales, soldados, familias enteras, alguna vez también sacerdotes y muchos espectadores, que van solamente por la compañía, ó por curiosidad, pero sin conocer el juego, y que se fastidian. También se aburren, por lo general, las señoras; pero con un enojo que divierte á los demás. Mientras sigue en la arena uno de los partidos más estupendos que recuerda la historia y mil ojos dilatados y brillantes acompañan por el aire á la pelota, ellas son capaces, Dios las perdone, de mirar con beatífica placidez un palomo que se ha posado en lo alto del muro ó un ciervo que corre por el prado vecino. Alguna, también, mira con visible compasión al marido, que tiene el aire de estar en éxtasis por una tontería de aquella especie. ¡Angostas frentes, diría Leopardi! Hay mujeres de jugadores que dicen al niño que tienen en brazos:—Atención que *saca* tu padre—; y es curioso ver al pequeño espectador que con los ojitos azules y la mirada errante busca por el aire y no encuentra la prueba *volante* del valor paterno. Se oye á muchos toscanos y también romañoles á quienes el espectáculo los lleva en espíritu á sus países. Hay un buen número de jóvenes elegantes, ciclistas, *amateurs* de todos géneros de ejercicio gimnástico, futuros *dilettantes* del *pal-lone* ó de la pala con tamboril. Se ven también provincianos llegados á Turín por la mañana y que acuden al juego apenas han despachado sus asuntos, por simpatía antigua, curiosos de ver á los artistas célebres cuyos nombres han leído en los diarios, y que se los hacen indicar así que llegan, y entre los que son frecuentes los reconocimientos, acompañados de un expresivo: ¡Tú aquí!—de dos viejos *dilettantes* que se encuentran allí por casualidad, después de muchos años, y que se recuerdan recíprocamente, apenas cambiado un abrazo las antiguas partidas. Toda esta gente está extraordinariamente alegre, verbosa, movible, excitada: los viejos, singularmente, á los cuales el juego recuerda tiempos mejores, tienen casi todos aire de rejuvenecidos: los vecinos se hablan sin cono-

¿Y el pùblico de ese teatro?
No es menos diverso que el de los autores.

cerse, las conversaciones se entablan de grupo á grupo. Si hay algún amigo íntimo de los jugadores más afamados se le hace corro en torno. Estos «amigos» son una familia divertidísima. Se mueven, dan vueltas, hablan fuerte, «se ponen de muestra,» distribuyen, ó lanzan á boca llena entre el público, la biografía del artista de su corazón.—Lo he visto alto, así; íbamos á escuela juntos, con el tamboril los batía á todos por «debajo de las piernas»... Cumple 32 años hoy á las ocho...—Su padre y su madre viven, si señor... Oí á uno, un domingo, un hombre del pueblo, algo rubio, que decía con voz conmovida á sus vecinos. Hace veinte años que nos tratamos de tu... Cuando pienso... El es lo que es, y yo me he quedado siendo un pobre hombre, que nadie sabe que esté en el mundo... Nada de soberbio y—siempre en la mano... un corazón de oro.—Y lo miraba con ojos amorosos cuando pasaba por frente á él, repitiendo obstinadamente con un movimiento de cabeza:—¡Invencible! ¡Invencible! ¡In-ven-ci ble!—Y lo bueno es que el invencible, precisamente aquella tarde, estaba de un humor infernal porque perdía.

VIII

El domingo es el día más propicio, también, para ver los efectos admirables de los frecuentes saludos ó *billetes de visita* que envían los jugadores á la multitud. No me río de la desventura, no. Están lejos ya los tiempos bárbaros en los que se llevaban del esferisterio á la calle señoras desmayadas, muchachos con un ojo magullado, hombres con las narices estropeadas. Después, la institución de las redes cantada con razón por un poeta boloñés del siglo pasado, evitando caer el *pal-lone* sobre la multitud, á no tomar una gran elevación, no es causa ya, salvo rarísimos casos, sino de accidentes cómicos. Pero el temor antiguo perdura, no por otro motivo que por razón de las *trompas* en peligro, y es una fuente de recreo deliciosa. Es diverti-

do, sobre todo, la variedad de los modos de defensa que se ofrecen al *enemigo*. En algunos puntos, donde él cae, los espectadores dan un salto, echándose á derecha ó á izquierda, encima de los vecinos, con la furia del que huye de una bomba explosiva; otros, más audaces, lo afrontan de pie sobre las gradas, apuntándole contra el bastón á modo de espada, como si se diese un premio al que lo enfila; otros, valientes, *á posteriori*, vuelven las espaldas todos á la vez, presentando una larga fila de espaldas resignadas, sobre las que el golpe de la pelota, retumbando como un golpe sobre una gran caja vacía, difunde un eco de risa por todo el público. Pero lo más divertido es cuando alguno huye como un rayo de su puesto para irlo á recibir sobre sus lomos cinco pasos más allá, como si lo buscase por precepto higiénico, ó intenta defenderse con la sombrilla abierta, que le es hendida en dos, ó trata de desviar el golpe con el sombrero, que se lo hace una tortilla ó se lo pega al rostro como una máscara. Mas divertido todavía es el espectador perezoso ó deseoso de parecer intrépido que, calculando mal con los ojos, no se incomoda, seguro de escapar del proyectil por una línea y lo recibe en cambio en plena faz; pero ríe heróicamente al público, con una risa del más bello admirador de Calderini, empapados sus ojos por dos gotas furtivas. Y las más de las veces el *pal lone* rebota ó describe zigs zags como el rayo, saltando sobre otras espaldas, descubriendo otras cabezas, arrojado aquí y allí por las manos que quieren cogerlo; y los hay endemoniados, á los que no hay modo de aprisionar, como si tomasen fuerza á cada salto, que botan un buen rato entre las piernas de los espectadores y ponen en movimiento á medio mundo y no se detienen hasta que un pie resuelto consigue machacarlo contra el suelo como á un ratón rabioso. Y precisa decir que en este juego está el humor faccecioso en el aire, porque á cada uno de aquellos pequeños accidentes estallan risas homéricas y se ven en todas las filas de sillas bocas de todas edades, bigotudas é imberbes, dentadas y

sin dientes, bocas que pronuncian sentencias en los tribunales, que difunden la ciencia en la cátedra, que hablan á la patria en el «Montecitorio» abiertas como espuertas, sonoras como tiendas de almonedas agitadas por una verdadera convulsión de alegría. Tanta variedad de efectos puede producir un golpe de brazal! Y sin embargo, no es esta aún la última de las cien virtudes de este gran juego; un solo golpe puede hacer reir, aplaudir, perder ó ganar cientos de liras y hacer ver más estrellas que vió Galileo.

LX

Entre los espectadores apasionados los hay fanáticos, contra los cuales Carlos de Ormeville escribió una comedia aguda y cruel; pocos en número, pero que se agitan y se hacen oir como si fueran una legión. Todos cuantos toman partido ó por los azules ó por los rojos, los unos por espíritu provincial, los cuales estos son todos piamonteses de un lado y toscanos por el otro; los otros por simpatías por éste ó aquél jugador, sin distinción de origen, ¡de qué modo toman partido! Algunos son invadidos de una verdadera flebre, como si hubiesen empeñado en la partida un capital, y no tienen un sueldo de la Argentina ni otro interés que el del corazón. Hay allí hombres prudentes y conocidos que estallan de alegría á un buen golpe, que explotan en risa de júbilo, que—bien sean corpulentos ó achacosos—se agitan y se *dislocan* grotescamente siguiendo todos los movimientos del jugador predilecto, como si estuviera batiéndose en un duelo por su honor, que gritan:—Bravo, Pettinari!—Bravo, Sassone!—con cuanta voz tienen *en la caña*, estremeciéndose unas veces de alegría y otras de cólera, volviéndose á buscar en el rostro de los vecinos el reflejo del propio entusiasmo ó á instigarles con el ejemplo al aplauso; que ponen la cara hosca cuando la partida va mal para sus favoritos, que salen á la calle como perros apaleados cuando éstos pierden y pavonéandose cuando

han ganado. Muchos, para gozarse en el triunfo con mayor recogimiento, permanecen parados, apoyados de espaldas á un poste, durante horas enteras, al extremo de pareceros á ellos atados; pero la mayor parte se meten entre la muchedumbre para absorber é infundirla el fluido de la pasión. Y es menester oir sus exclamaciones:—¡Qué hermosura!—¡Qué magnificencia!—¡Es prodigioso!—Pettinari ha estado sublime esta tarde! La tarde del 17 de Octubre del corriente año (1897) durante un partido extraordinario, oí detrás de mí este grito sublime, que señala, creo, el punto supremo al cual puede llegar el entusiasmo esferístico.—*Ma mi i d'vento matt.*—(Pero yo me vuelvo loco).—¡Alma elegida! A los golpes equivocados, por el contrario, prorrumpen en actos violentos de desdén, en voces dolorosas de desengaño.—Ah! desgraciado!—Ah! asesino!—Qué *pal lone* me ha equivocado, el galeote.—Es una infamia.—Casi todos tienen también sus antipatías por ciertos jugadores—¡esto es soberbio!—Este tiene la maldita costumbre de quitar el *pal-lone* de mano á su compañero—aquel otro no hace el juego leal—y gozan cuando hacen una falta y rabian cuando son aplaudidos. De sus preferidos conocen y buscan particulares biográficos y se complacen en divulgarlos y están siempre al tanto de sus indisposiciones, que anuncian los primeros, con acento de pesar, en el corro de los amigos.—Ulivi tiene un reuma en el cuello.—Parece que Billi no está muy bueno.—Cómo va el floronco de Pasaro?—Hombres serios y de autoridad entablan discusiones vivas por un quince como por un asunto político ó disputan sobre la primacía de dos «zagueros» rivales como por un ministerio de la derecha ó uno de la izquierda... ¡Cómo! Quiere V. ponerme á Fontana á la altura de Sassone? Estoy cierto que se chancea!—Sassone tiene días.—Sassone los vence á todos.—Eh! á veces hace las faltas á canastos.—Bah! Usted no le ha visto jugar nunca!—Pero si estoy aquí todos los días. Me maravillo.—Me maravillo más yo... Y se dan la espalda bruscamente, mientras la discusión prosigue en un grupo de vecinos más conciliables, los cuales concluyen por reconocer que los artistas en cuestión tienen ante sí *un hermoso porvenir*.

X

Después de los fanáticos, los más dignos de estudio son los apostadores, que tienen «su cuartel general» en los primeros puestos, donde están casi todos en pie, agrupados entre la red y la gradería. Los hay de todas edades y de todos estados, desde el peluquero al banquero, del que tiene una profesión decente al rompecuellos sin arte ni parte. Se pueden dividir en dos clases: los jugadores de instinto, que juegan ó apuestan á todo y por todo ó aquellos en que el gusano de la apuesta no se despierta en el juego del *pal-lone*, más que por efecto de la excitación que les produce el espectáculo, del cual son apasionados. Allí están también los que apuestan por resentimiento: personas de naturaleza irritable, que van allí sin un pensamiento siquiera de tentar la suerte, pero que al oir gritar y arrojarles á la cara, con aire provocador:—Cinco liras al quince, apuesto por los rojos—por un voceador de rostro encendido, que les mira á los ojos como si les dijese:—Sé que V. es monárquico, ¡Viva la República!—responden violentamente, sin reflexionar:—¡Oh! por Diana, y yo apuesto por los azules—no por otra cosa que por demostrar que tienen sangre en sus venas. El cacareo rumoroso de toda esta gente, dominado por el voceo monótono de los ayudantes de la empresa, es la orquesta cuotidiana del juego, acompañada por una mímica á disparidad y por un manoseo continuo de portamonedas y de hojas de papel, como en el salón de la Bolsa. Se distinguen los que apuestan de los *amateurs* desinteresados, por la seriedad particular de la mirada penetrante con que siguen aquel pequeño globo que lleva por el aire sus billetes de banco, y en los bravos que lanzan, en los cuales se siente algo de más